

menos los que nuestro propio orgullo nos sugiere, los que han de poder obrar en un corazón corrompido el milagro de restituirle la sanidad de la pureza, sino la gracia divina y sobrenatural, la virtud de Jesucristo en nosotros, mediante, eso sí, nuestra cooperación sería y constante. Sin esto, os puedo asegurar, que no hay hombre puro y casto sobre la faz de la tierra. La santa pureza es don altísimo que sólo de Dios descende, como ya lo reconoció el sapientísimo Salomón<sup>1</sup>, y reconócenlo por experiencia propia cuantos de veras se proponen adquirirla. Pues bien, en la sagrada comunión, que necesariamente ha de ir precedida de la penitencia sacramental, acompañada de profundo recogimiento de espíritu y alejamiento de toda distracción, y naturalmente seguida de más asidua vigilancia de sí mismo y de una severa represión de pasiones y ocasiones pecaminosas, hallaréis maravillosamente combinados cuantos elementos pueden concurrir, ya de parte de Dios, ya de parte del hombre, para operar la apetecida y difícil curación de la más terrible de las enfermedades que afligen á nuestra pobre y ruin naturaleza. ¡Plegue al Señor concedernos abundante luz y gracia para querer seriamente aprovecharnos del heroico remedio que nos ofrece la sagrada Eucaristía! Entonces comprenderéis que *el dedo de Dios está aquí*<sup>2</sup>. Así sea.

<sup>1</sup> Sap. 8, 21.

<sup>2</sup> Ex. 8, 19.

### SERMÓN UNDÉCIMO

(predicado en la iglesia de la Tercera, Bogotá, 1885).

#### La transformación moral del hombre por el modelo de la Eucaristía.

Vivo... ego, iam non ego, vivit vero in me Christus.  
Vivo yo, ya no yo, sino que vive Cristo en mí.  
Gal. 2, 20.

I. ¡Qué transformación más magnífica, amados oyentes, que la operada en el Seráfico Patriarca de Asís por la impresión de las sagradas llagas del Redentor! Si ésta no hubiese sido demasiado patente, como lo asegura la historia<sup>1</sup>, los efectos sobrenaturales, perfectamente visibles en el glorioso Santo, habrían denunciado un hecho de carácter extraordinariamente portentoso, como causa proporcionada de aquellos fenómenos divinos. No extrañéis esta expresión que significa la brillante aparición de Dios en la acción del hombre. Porque si hasta entonces el gran Padre San Francisco había sido más que hombre, ángel por la santidad y la pureza, desde que un alado Serafín le imprimió los sagrados estigmas del Dios crucificado, fué ya él mismo un Serafín de amor, fué más todavía, la viva imagen y copia acabadísima del mismo Cristo Jesús, brillando así Dios en el hombre con extraordinarios resplandores. Por más que el varón santo, tipo de la humildad más profunda, tratase de esconder aquellas maravillosas señales, la secreta virtud de las mismas llagas sacrosantas producía en lo exterior tales milagros de santidad, dice San Buenaventura, que no podía menos de revelarse á los ojos de cuantos le rodeaban<sup>2</sup>. Y ¿cuáles eran estos

<sup>1</sup> S. Bonav. in Leg. S. Franc. c. 13 (Brev. Rom.).

<sup>2</sup> Ut illorum occulta et mira vis Stigmatum manifesta pateret claritate signorum (ibid.).

milagrosos signos, carísimos hermanos, sino la transformación maravillosa y completa del hombre estigmatizado, en la figura de Cristo clavado en la cruz, no ya por el martirio del cuerpo, sino por los incendios de un alma enamorada? <sup>1</sup> Aparecía, pues, Francisco como un hombre completamente nuevo, revestido del mismo Jesucristo según la vigorosa frase del Apóstol: *Revestíos del nuevo hombre, creado según Dios, en justicia y santidad de verdad* <sup>2</sup>.

2. Tal debiera aparecer todo hombre que se pone en contacto con el Sacramento augusto de la Eucaristía; porque, si tan maravilloso efecto produjo en el Patriarca de Asís el místico contacto de un Serafín y la impresión material de la semejanza de las llagas del Crucificado, ¿por qué no debiera ser idéntico el efecto producido por el contacto real y físico del mismo Cristo y la participación de su llagado cuerpo? En verdad, hermanos míos, así debiera suceder, y así sucedería, siuviésemos las disposiciones de aquel gran Santo; pues, no por ser ordinario en la Iglesia, es menos eficaz el hecho de unirse con nosotros Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía; ni es otro el fin que el Salvador se propuso al instituirlo, sino el de nuestra plena transformación en Él, no por cambio alguno en nuestro cuerpo, sino por la renovación de nuestro espíritu <sup>3</sup>.

3. En efecto, vamos á ver en esta tarde, para tributar dignos homenajes al Dios de nuestros altares en estas solemnes Cuarenta Horas de exposición, cómo la sagrada Eucaristía es no sólo causa eficiente y principio eficaz para transformarnos en Cristo, sino principalmente

<sup>1</sup> L. c.      <sup>2</sup> Eph. 4, 24.

<sup>3</sup> Renovamini spiritu (Eph. 4, 23).

modelo de esa transformación que podemos apellidar divina, porque nos hace semejantes á Dios: *Qui secundum Deum creatus est* <sup>1</sup>. Para el cabal desarrollo del asunto se hace necesario bosquejar en la primera parte el ideal de la transformación sobredicha, y en la segunda presentar su realización por el tipo eucarístico.

## I.

4. Transformación, y grande y sustancial, ha de haber, hermanos míos, en el hombre, á efecto de la general restauración obrada por El que vino, según el Apóstol, *á restaurar todas las cosas* <sup>2</sup>. ¿Qué transformación más completa que la del hombre *viejo* en hombre *nuevo*? ¿del hijo de Adán en el hijo de Dios? ¿del que nació en la iniquidad y vive en la ley del pecado, en el que nace, según la primera ordenación del Creador, en la justicia y en la verdadera santidad? *In iustitia et sanctitate veritatis* <sup>3</sup>. Hacer, pues, del hombre malo por la naturaleza caída un hombre bueno por la justicia; más aún, hacerlo santo, según el elevado concepto que despierta esta palabra: he ahí, en resumen, el ideal de la transformación del hombre por la gracia de Jesucristo.

5. Hacer que el hombre renazca en la justicia: *in iustitia*: he ahí lo que el buen Nicodemus no comprendía cómo podía verificarse, porque tomaba las palabras de Cristo según el sonido material <sup>4</sup>; he ahí, sin embargo, lo que debe suceder y, en efecto, ha sucedido ya en el mundo regenerado por la gracia del Redentor. ¿Qué es el hombre obrando según los instintos de su

<sup>1</sup> Eph. 4, 24.

<sup>2</sup> Eph. 1, 10.

<sup>3</sup> Ubi supra.

<sup>4</sup> Io. 3, 4.

naturaleza corrompida? Un ser moralmente malo y perverso, obrador de iniquidades, digno del aborrecimiento y separación eterna de Dios<sup>1</sup>. En vano se pretende por los modernos naturalistas desconocer ó negar el hecho de la original degradación, atestiguado no sólo por la revelación sino por la universal experiencia del género humano, el cual, de consuno con aquélla, proclama en alta voz: *Inclinados están hacia lo malo los sentidos del hombre desde su adolescencia*<sup>2</sup>; lo mismo sus pensamientos y su corazón. Y claro está que tan detestable propensión no puede suponerse propiamente natural ó traída de su misma naturaleza primitiva, porque *vió Dios cuanto había hecho, y todo lo halló bueno y perfecto*<sup>3</sup>. ¿Solamente el hombre habría de salir de las manos del Criador viciado con la funesta propensión al desorden? No, cristianos, no puede tal imaginarse: luego es indispensable sospechar, por lo menos, afirmar, mejor, que hubo un incidente desgraciado en la cuna misma de la humanidad que pervirtió nuestra naturaleza, y ese incidente fué el pecado. *He aquí, pues, exclama el Real Profeta, que he sido concebido en iniquidades, y en pecados concibióme mi madre*<sup>4</sup>. Nace, pues, el hombre esclavo infeliz de sus propios apetitos, súbdito inconsciente de avasalladora concupiscencia; y, si bien no ha perdido en absoluto la fuerza del libre albedrío, éste viene tan debilitado por el abuso original que apenas puede el hombre, con sus propios esfuerzos, dominar la desenfrenada ley de los sentidos y hacer que triunfe la razón. *Veó, decía San Pablo, una ley en mis miembros que tiende á sobreponerse á la ley de mi mente*

<sup>1</sup> Discedite . . . (Matth. 7, 23).<sup>2</sup> Gen. 8, 21.<sup>3</sup> Ibid. 1, 31.<sup>4</sup> Ps. 50, 7.

*y me cautiva en el pecado*<sup>1</sup>. «No soy dueño de mis actos, sino el pecado que en mí habita.»<sup>2</sup> ¡*Infeliz hombrecillo! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte, de esta odiosa y torpe servidumbre?* Y añade inmediatamente con plena seguridad el Apóstol: *Librárame la gracia de Dios por medio de Jesucristo Señor nuestro*<sup>3</sup>.

6. Tal es el hombre, hermanos míos; esclavo que, por la acción libertadora de la gracia, va á tornarse hombre libre, triunfando de sí mismo. El pecador va á hacerse justo. Y esta transformación campea todavía más en el hombre que, no ya sólo por la culpa de origen, sino por mil desórdenes personales, ha descendido al abismo de la corrupción y del envilecimiento, arrastrado por los feroces impulsos de su estragada naturaleza. Mirad á ese hombre, como tantos de su especie, aherrojado por todas las pasiones: ¡qué cuadro tan desgarrador el que presenta! El orgullo le extravía, la pereza le aprisiona, la ambición le ahoga, la sensualidad le devora, la avaricia le envilece, la envidia le consume, la cólera le ciega, la desesperación le atormenta, la veleidad le avergüenza, la vanidad le burla, el desaliento le mata.... Pues bien, hermanos míos, este ser tan degradado, este hombre de sí tan abatido y miserable, ha de transformarse en un ser del todo nuevo, en un hombre justo, reformado según el modelo primitivo. ¿Y qué es el *justo*? Todo el reverso del cuadro que acabamos de contemplar con horror: un hombre que sabe mantener á raya todos los movimientos de la concupiscencia, que dice á las pasiones, encrespadas como las olas del mar: «De aquí no pasaréis: aquí donde la

<sup>1</sup> Rom. 7, 23.<sup>2</sup> Ibid. v. 20.<sup>3</sup> Ibid. v. 25.

razón traza la línea quebrantaréis vuestra hinchazón.»<sup>1</sup> El justo es un hombre enaltecido con la corona de todas las virtudes, que se levanta en medio de la creación como la palma florida de Cades<sup>2</sup>, para gloria del Criador y alegría de todas las criaturas: el justo es el hombre racional por excelencia, en quien la razón impera sobre todas las potencias inferiores, estando ella misma sumisa y encadenada á la ley santa del Señor<sup>3</sup>: es el esclavo generoso del deber, esclavitud que dignifica al hombre más que todas las vanas grandezas terrenales, incluso la regia dignidad<sup>4</sup>. El justo, en una palabra, es el hombre que ama el bien y aborrece el mal<sup>5</sup>, y en ese amor se bonifica y perfecciona, porque, al decir del gran Doctor San Agustín, el hombre es aquello mismo que ama, tierra ó cielo, y hasta Dios, si Dios está en medio de su corazón<sup>6</sup>. ¿Puede concebirse grandeza moral mayor que la del justo? Y ¡que pueda alcanzarla el hombre después de la original depravación de su naturaleza! Con razón pregunta admirado el Sabio: *¿Quién es éste, y lo alabaremos? Pues ha hecho cosas admirables en su vida*<sup>7</sup>. ¡Cómo luce y resplandece en el justo la rectitud más acrisolada de miras é intenciones<sup>8</sup>, la pureza de corazón que rechaza hasta la sombra del desorden, el amor al bien que le entusiasma y como que le saca fuera de sí por la vehemencia del afecto!

<sup>1</sup> Iob 38, 17.      <sup>2</sup> Iustus ut palma florebit (Ps. 91, 13).

<sup>3</sup> In lege Domini voluntas eius (Ps. 1, 2).

<sup>4</sup> Servire Deo regnare est.

<sup>5</sup> Dillexisti iustitiam etc. (Ps. 44, 5).

<sup>6</sup> Deus cordis mei . . . (Ps. 72, 26).

<sup>7</sup> Eccli. 31, 9.

<sup>8</sup> in directione cordis (Ps. 118, 7).

7. Esta hermosa transformación no es un mito, hermanos míos, no es una simple hipótesis, ni menos una vana utopía: es un hecho realizado ya en el mundo á raíz de los acontecimientos del Calvario y del Cenáculo, y un hecho permanente hasta el día de hoy, merced al cual la sociedad cristiana se sustenta y aparece grande y radiosa en el caos de la humana sociedad ó Babilonia antigua y moderna. Existen para honor del cristianismo, hoy como en los diez y ocho siglos que nos precedieron, un buen número de almas que parecen haber escapado al común contagio de la infección adámica, tan superiores se muestran á las humanas miserias y flaquezas. Y ¿qué fuera del desgraciado mundo si por dicha no poseyera, como riquísimo tesoro, frecuentemente más escondido que el codiciado mineral y las piedras preciosas, un número considerable de almas justas? ¿Adónde subirían ya las ondas cenagosas del diluvio universal de la humana corrupción? ¿Sin ese firmísimo baluarte, opuesto como una muralla de granito al embate del desorden que agita toda la faz de la tierra, ¿quién puede calcular hasta qué punto llegaría con la iniquidad, la desolación y la ruina de la sociedad? ¡Ay! demasiado alarmantes son, á pesar de que la justicia no se ha extinguido todavía, los horribles avances de la inmoralidad en ciertas sociedades ya casi vueltas al paganismo, y aun en ciertas zonas de la sociedad cristiana y católica, bastante inficionadas por falsa y especiosa cultura de índole puramente pagana. ¡Demasiado trasciende ya la corrupción (por más que trate de ocultarse) en todas las esferas sociales, en todas las clases y edades, hasta en aquella que parece todavía invulnerable, la niñez, fuerte por su misma debilidad! Bien podemos exclamar con Isaías: *Si el Dios de los ejércitos no nos*